

Hacemos votos por que Monseñor Gasparri pueda aprovechar su nueva residencia en América para completar su trabajo con la publicación de los dos importantes tratados sobre las raíces y sobre la fonética. Hoy, cuando hasta los gobiernos se interesan en estas investigaciones y Alemania tiene en diversas regiones de América especialistas destinados al estudio de las lenguas indígenas, con la esperanza de llegar por medio de la filología, a la solución del problema sobre el origen de los americanos, una obra como la de Monseñor Gasparri, está llamada a atraer la atención del mundo sabio.

Bogotá, marzo de 1916.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

EL CIEGO

La tarde del 24 de diciembre le sorprendió en despoblado, a caballo y con anuncios de tormenta. Era la hora en que, en invierno, de repente se apaga la claridad del día como si fuese lámpara y alguien diese vuelta a la llave para acortar la luz. Sin transición, las tinieblas descendieron borrando los términos del paisaje, acaso apacible a medio día, pero en aquel momento tétrico y desolado.

Hallábase en la hoz de uno de esos ríos que corren profundos, encajonados entre dos escarpas; a la derecha, el camino; a la izquierda, una montaña pedregosa casi vertical, escueta y plomiza de tono.

Allá abajo no se divisaba más que una cinta ne-gruzca donde moría un reflejo rojo del poniente; arriba, densas masas erguidas, formas extrañas fantasmagóricas; todo solemne y amenazador. No pecaba Mauricio de cobarde, y, con todo eso, le impresionó el aspecto de la montaña; sintió deseos de llegar cuanto antes al Paso, del cual le separaban aún tres largas leguas, y

animó con la voz a su montura, que empinaba las orejas recelosa.

Arreció el viento y le obligó a atar el sombrero con un pañuelo bajo la barba; el trueno, lejano aún, retumbó misteriosamente; ráfagas de lluvia azotaron la cara del jinete, y de súbito el caballo se encabritó y pegó un bote de costado: de entre la maleza había salido un bulto. Echaba ya Mauricio mano al revólver, cuando oyó estas palabras en dialecto:

—¡Una limosnita! ¡Por amor de Dios, que va a nacer!...¡Una limosnita, señor!

Mauricio, tranquilizándose, miró enojado al que en tal sitio y ocasión pedía limosna. Era un hombrachón alto, descalzo de pie y pierna, que llevaba al hombro unas alforjas y se apoyaba en recio garroté. La oscuridad no permitía saber cómo tenía el rostro; la ancianidad se adivinaba en lo cascado de la voz y en el vago reflejo plateado de las greñas blancas.

—Apártese, murmuró impaciente el señorito. ¿No ve que el caballo se asusta? Si me descuido, al río de cabeza... ¡Vaya unas horas de pedir!

—¿Dónde está el río? gritó con hondo terror el pordiosero. ¿No es aquí el camino de la iglesia de Cimaís? Señor, por el alma de su madre... Señor, no me desampare... ¡Soy un ciego! ¡Nuestra Señora le conserve la vista!

Mauricio comprendió. El viejo sin ojos se había perdido, y para no despeñar se necesitaba un guía. Sí, convenido, necesitaba un guía... ¿Y quién iba a ser? ¿El, Mauricio Acuña, que desde Orense regresaba a su casa, en noche de Navidad, a cenar, a pasar alegremente la velada, jugando al julepe o al golfo con sus hermanos y primos, fumando y riendo? Si sujetaba el paso de su caballo al andar de un ciego, si torcía su rumbo cara a la iglesia de Cimaís, distante buen trecho de allá, ¿a qué santas horas pondría los pies en la sala del Paso de Portomellor? Un instante titubeó: era cuestión de sacrificar algunos minutos en co-

locar al ciego en la dirección de Cimaís y dejarle ya orientado.

Sólo que era de internarse en la *carbellada*, exponerse a tropezar en los cepos y en los pedruzcos, y sobre todo era a condescender a los ruegos del mendigo, que no soltaría a dos por tres a su lazarillo improvisado. Más vale escurrirse, decidió; y sacando del bolsillo un duro, lo dejó en la mano suplicante que el viejo extendía, metió espuelas al caballo, y escapó como un criminal.

Sí, como un criminal; así definió su conducta, en el punto de refrenar a Maceo, su negro andaluz cruzado, y darse cuenta de que había caído enteramente la noche. Velada por sombríos nubarrones, la luna se entreparecía lívida semejante a la faz de un cadáver amortajado con hábito monacal. La carretera se desarrollaba suspendida sobre el río que, a pavorosa profundidad, dormitaba mudo y siniestro. El viento combatía los troncos robustos de los árboles y un relámpago alumbró la superficie del agua; un trueno resonó ya más cercano. Mauricio se estremeció. ¿Se habrá caído el viejo al agua? Encogióse de hombros después; pero creía escuchar el paso de un hombre que tentaba el suelo con un palo, como hacen los ciegos. Absurdo evidente, pues con la galopada que Maceo había pegado, quedaría el mendigo atrás un cuarto de legua. Lo cierto es que Mauricio juraría que le seguía alguien que respiraba trabajosamente, que tropezaba, que gemía, que imploraba compasión.

Invencible desasosiego, le impulsó a apelar nuevamente a su montura, para alcanzar pronto el cauce en que la carretera se desvía del río, cuya vista le sugería el temor de una desgracia. ¿Se habría caído?... Lo que a Mauricio le acongojaba más era la idea de haber abandonado a un ciego en tal noche. «Hoy no debí dejar solo a un infeliz...» Cavilaba, hincando la espuela en los ijares de Maceo. «Y lo más sucio, lo más vil de mi acción, fue darle dinero. ¡Dinero! Si a estas horas flota en el sil... Estoy por volverme.

«¿Y si me vuelvo y veo el cuerpo en el río! ¿No viene detrás?»

Maceo volaba; un sudor de angustia humedecía las sienas del jinete. El zumbido de sus oídos y el remolino del viento no le impedían oír cada vez más próximas las pisadas del que le seguía y percibir la misma respiración entrecortada, el mismo doliente gemido; y no se atrevía a volverse; menos volverse todo porque si se volviese quizá vería la figura del ciego mendigo, alto, descalzo de pie y pierna, con el zurrón al hombro, el cayado en la mano, y reluciendo en la oscuridad la plata de sus blancas greñas....

—¿Estaré loco?—discurrió Mauricio en un espeluzno de pavor.—Ea, ánimo.... Debo volverme....

Y no se volvía; su garganta apretada, su corazón palpitante le hacía traición; tenía miedo.

Apretó las espuelas al caballo, que excitado aceleró el tendido galope, haciendo volar los guijarros del camino. La tempestad estaba ya encima; el relámpago brilló, un trueno formidable rimbombó sobre la misma cabeza de Mauricio. Alborotóse Maceo; giró brusca-mente sobre sus patas traseras y se arrojó hacia el talud que dominaba el río.

Vio Mauricio el tremendo peligro, cuando otro relámpago le mostró la superficie del agua y el abismo: cerró los ojos aceptando el castigo... y el caballo, en su vértigo mortal, arrastró al jinete al fondo del despeñadero, tocando en su caída los pinos y empujando las piedras del escarpe, cuyo ruido fragoso, al rodar peñas abajo, remedaba aún los desatentados pasos del ciego que tropezaba y gemía.

EMILIA PARDO BAZAN

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO—FILOSOFÍA—CIENCIAS,
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 20
Suscripción por año (adelantada).....	180
Número atrasado.....	30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don CARLOS UCRÓS. Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico